

# Bicho criollo

Cuentos argentinos  
de animales



# Bicho criollo

Cuentos argentinos  
de animales

**Jefe de Gobierno**

Horacio Rodríguez Larreta

**Ministra de Educación e Innovación**

María Soledad Acuña

**Subsecretario de Planeamiento Educativo, Ciencia  
y Tecnología**

Diego Javier Meiriño

**Directora General de Planeamiento Educativo**

María Constanza Ortiz

**Subsecretario de Ciudad Inteligente y Tecnología Educativa**

Santiago Andrés

**Subsecretaria de Coordinación Pedagógica y Equidad Educativa**

Andrea Fernanda Bruzos Bouchet

**Subsecretario de Carrera Docente y Formación  
Técnica Profesional**

Javier Tarulla

**Subsecretario de Gestión Económico Financiera  
y Administración de Recursos**

Sebastián Tomaghelli

## Bicho criollo

Cuentos argentinos de animales  
Berta Vidal de Battini

Idea original, revisión y diseño de la colección *Voces de ayer y de hoy*:  
Equipo de Contenidos Digitales (DGPLEDU).

**Selección, adaptación de textos y prólogo:** Diego Carballar y Juan Martín Tapia

**Colaboración:** Marcos Alfonzo y Silvia Saucedo

**Diseño gráfico:** Alejandra Mosconi y Estudio Cerúleo

**Ilustraciones:** Rodrigo Folgueira

### Equipo editorial externo

**Coordinación:** Alexis B. Tellechea

**Edición:** Natalia Ribas

**Diagramación:** Estudio Cerúleo

# Índice

Prólogo.....	9
Historia del tigre, el zorro y el hombre.....	13
La fiesta en el cielo.....	35
Biografía de Berta Vidal de Battini.....	63

ISBN: en trámite

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
Ministerio de Educación e Innovación

Subsecretaría de Planeamiento Educativo, Ciencia y Tecnología  
Dirección General de Planeamiento Educativo  
Holmberg 2548/96, 2º piso. C1430DOV - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

**Distribución gratuita. Prohibida su venta.**

# Prólogo

¿Cuáles son tus animales preferidos? Esos de los que te encantaría tener alguna característica: la inteligencia, la velocidad, la visión, la habilidad (¡volar!) o la fuerza. Decimos que el perro es leal compañero, pero sabemos que es pariente lejano del lobo, el habitante más salvaje del bosque. Domésticos y salvajes. Queremos y tememos a los animales, los admiramos. A los delfines, que nadan miles de kilómetros y juegan en el mar; al halcón peregrino, que tiene una visión precisa que le permite detectar a su presa a varios metros de altura y caer implacable sobre ella; a los maestros del camuflaje; a los que ven con los oídos. Llamamos al león el rey de la selva: ese nombre demuestra la admiración que provoca.

La humanidad siempre compartió la vida con los animales y desde sus orígenes buscó tener su compañía y aprovechar sus virtudes. Aprendimos mucho, aún nos siguen intrigando y nos seguimos haciendo preguntas acerca de ellos. La relación de la humanidad con los animales es muy diferente según la región y la cultura. Ha cambiado y lo seguirá haciendo. Algunas sociedades cuidan delicadamente a animales que son rechazados por otras; ciertos animales fueron considerados dioses y mensajeros divinos o infernales, y otros son solo mascotas, etcétera.

Así como hay algunos animales a los que nos gustaría parecernos, las sociedades humanas los eligieron para representar las cualidades que querían destacar de sí mismas (y a los animales que eran considerados negativos, para describir a sus enemigos). En China y en culturas de América del Norte, el dragón —animal fabuloso, inspirado en la serpiente y el ave— fue el símbolo elegido. Otros reinos y ciudades optaron por la figura del oso, de la serpiente o del águila.

En las civilizaciones prehistóricas, la palabra “tigre”, por ejemplo, nombraba al animal y era sentida como si este estuviera cerca, porque convivían con él: el nombre del animal era el animal. En Egipto, los animales eran considerados las encarnaciones de los dioses o de sus espíritus. Se comenzaron a narrar historias míticas y legendarias que contaban sus orígenes y sus virtudes. Muchas veces, en esas historias, animales y hombres se encuentran, ya sea para recibir un don, una ayuda mágica, recuperar un camino o caer en una trampa mortal.

Los animales protagonizan infinidad de relatos que se cuentan desde hace milenios, y lo siguen haciendo (en poemas, cuentos, historietas, dibujos animados, películas). Sus comportamientos son modelo de personajes que viven, una y otra vez, nuevas aventuras. En ellas, el tigre está siempre hambriento, es fuerte y desconfiado; el zorro es pícaro, débil frente al poderoso, pero muy inteligente; el sapo es presumido —se cree lleno de las virtudes de otros animales—, desafiante y dado a la charla. Otros pueden ser perezosos, miedosos, valientes, fieles, etcétera.

Cuando Berta Vidal de Battini recorrió toda la Argentina para escuchar y conocer lo que contaba la gente de los pueblos y los lugares más apartados, se encontró, por supuesto, con historias de animales. Ella, que conocía cuentos de todo el mundo, notó que muchos de los relatos que le contaban se parecían a otros de lugares muy muy lejanos, sitios que esas personas, a veces, no habían ni siquiera escuchado nombrar. Como algunos eligieron a un león para su bandera y otros adoraron a los gatos como dioses, las narradoras y los narradores de la Argentina adaptaban sus cuentos a los animales que vivían en estas tierras. La gran mayoría de las historias que recopiló y anotó la investigadora le fueron contadas por descendientes de españoles, por lo que ocurrió que usaron ciertos nombres de animales, que conocían de otras historias, para nombrar a animales de rasgos similares. El caso más conocido es el del tigre —de quien contamos una historia en este libro—: no se trata del tigre de Asia, sino del *yagareté*, el felino cazador más grande de América. En el norte de Argentina, llamaban tigre al *yagareté*, y en la pampa, llamaban león al puma.

Para este libro, elegimos algunos de los muchos cuentos de animales que escuchó Berta Vidal de Battini y, siguiendo el ejemplo de los cuenteros y las cuenteras, compartimos otros relatos que nos gustan y divierten. A veces, los animales los narran en prosa, y otras veces en verso, como hacían los payadores de la Argentina y el sur de América, que se desafiaban en el arte de contar historias. Porque, claro, contar cuentos puede ser divertido y

muy bueno, pero también puede ser peligroso y un asunto de valientes: no vaya a ser que alguna vez nos desafíe a contar un payador medio lobo y medio diablo.

## Historia del tigre, el zorro y el hombre



— ¿No es acaso justo que quiera comer al hombre? — preguntó el tigre.

El zorro pudo sentir el aliento tocándole el hocico. Pensó que el tigre finalmente lo devoraría no bien terminara la pregunta. Pero no ocurrió lo que esperaba.

— ¿Creés que así debe ser? — completó la fiera.

El zorro miró de reojo al hombre, que, preocupado, esperaba también la respuesta. Había pensado en huir y que aquellos dos se las arreglaran solos. Pero el tigre permanecía muy cerca de él: no alcanzaría a dar un paso sin perder la vida a merced de las temidas garras.

El zorro siempre acababa enfrentado al tigre, con quien llevaba una contienda inmemorial. Esta vez, lo había sorprendido distraído, mientras bebía del arroyo. ¿Cómo podría haberlo visto venir, con su lomo terrible, que se confunde entre los rayos del sol, la cambiante luna y los pastizales? Solo había alcanzado a escuchar: “Hola, compadre”. La voz profunda, los ojos fatales reflejados como un incendio por toda el agua. ¡Ay, cazador invisible! Cuando el zorro levantó y giró la cabeza, pudo ver de cuerpo entero al tigre. Y junto a él, vio al hombre. “Vaya pareja de cuidado”, murmuró todavía aturdido por la aparición.

— Terminá de beber tranquilo — le dijo el tigre con gentil ferocidad—. No es bueno andar con sed.

— Gracias. Ya estoy bien — contestó el zorro, sin ninguna intención de volver a bajar la cabeza al arroyo.

— ¿Podemos hacerte una pregunta? — dijo apresurado el hombre.

— Por supuesto, por supuesto. ¿En qué podría ayudarlos un servidor tan humilde como yo? — Habló el zorro con tal falsa modestia que el tigre decidió quedarse muy cerca, como para que al taimado no se le ocurriera escapar.

Entre el hombre y el tigre, contaron la historia.

Resulta que iba el tigre por la barranquera, de cara al rastro de un rebaño de ovejas que titilaba entre los aromas del monte y la noche. Ya se relamía de su caza, que parecía estar ahí nomás, cuando de pronto se abrió la tierra y el tigre cayó en una trampa.

Al amanecer, un grupo de campesinos llevó la jaula en la que estaba encerrado el animal a la vera del camino, y lo dejó expuesto para venderlo a un circo ambulante o una feria. El tigre venía atacando los rebaños de esa comarca, y la gente lo había estado persiguiendo, colocando todo tipo de carnadas por donde hubiera algún indicio del depredador.

El tigre caminaba en círculos dentro de la jaula, cargado de energía, enfurecido con los campesinos y sediento. Al cabo de un tiempo, vio venir al hombre por el camino.

— Hermano — lo llamó el tigre—. ¡Hermano, ayúdame! Abrí la puerta de esta jaula, que necesito tomar un poco de agua. Abrime, por favor, para ir hasta el arroyo, que me muero de sed.



El hombre se acercó con cautela. El tigre lo miró con ojos llorosos de gatito, inclinando un poco la cabeza, manso. “Pobre animal”, pensó el hombre.

—Por favor... —dijo el tigre con un hilito de voz.

—Pero es que si abro la puerta de la jaula, me vas a saltar encima y me comerás.

—¿Cómo podés creer que yo haría semejante cosa? —se lamentó el tigre—. No podría hacerte mal. ¡Jamás! Dejame salir, solo un ratito. ¡Es para beber un poco de agua, hermano!

El hombre sintió piedad por el tigre y decidió abrir la jaula. No bien terminó de quitar el cerrojo, el animal, como una ráfaga, se abalanzó sobre él. El hombre no pudo hacer nada para impedir que aquel fuego le cayera encima.

—¡No, no, no! —protestó—. ¿Qué vas a hacer? No es justo ni es honrado lo que te proponés. Me pediste que te liberara. ¡Prometiste no hacerme daño!

—Lo que sea que yo haya dicho —respondió el tigre— ha quedado atrás. Estoy hambriento, necesito comer, necesito saciarme. Vos sos mi presa, y te voy a comer.

Pero el hombre le suplicó al tigre con tantas buenas razones que la fiera aceptó lo último que su víctima le propuso:

—Preguntemos a otros que anden por aquí. A tres solamente. Escuchemos qué piensan de este ataque, que digan si lo que querés hacer es correcto.

—Es correcto —dijo el tigre—. Es correcto que quiera comerte, por supuesto. Sin embargo, acepto tu propuesta. —Y aflojando la presión de las garras, agregó—:

Consultemos a tres compadres. Verás que están de acuerdo conmigo.

Al primero que encontraron fue a un buey tumbado al lado del camino. El tigre se quedó entre unos pastos altos para no espantarlo. El hombre se acercó y le contó lo que había pasado. Al terminar, le preguntó:

—Escuchame bien, querido buey. ¿Creés que es honrado y justo que un tigre quiera comerme cuando fui yo quien lo liberó de su prisión?

El buey lo miraba inexpresivo, mientras movía la cola para apartar unas moscas que insistían en posarse en sus ancas flacas. El tigre salió de entre los pastizales, se acercó y se detuvo un paso atrás del hombre para no intimidar al primer juez.

—Ya te había oído, amigo —dijo el buey al tigre—. Sabía que no eran el esquivo olor y el silencio de la cacería los que te acompañaban. Y si hubiera sido así —agregó—, ya no podría escapar.

—¿Acaso no es lo que debe ser, hermano buey, que me coma al hombre?

El buey miró a ambos en silencio. Parecía rumiar las palabras. El hombre y el tigre aguardaban. Entonces el buey, con voz grave, dijo:

—Mientras yo fui joven y fuerte, serví a mi amo de sol a sol. Lo hice con lealtad y nunca lo abandoné, ni en la lluvia ni en la sequía. Llevé cargas, arrastré pesadas carretas... Sin embargo, él me pegaba con palos cuando yo me agotaba del trabajo sin descanso. Ahora que soy viejo y no tengo fuerzas, me ha abandonado aquí para que muera solo, para

que muera de sed. Los hombres son ingratos e injustos. Que el tigre se coma al hombre: será un acto de justicia.

El tigre se preparó para saltar sobre el hombre, pero este le gritó:

—¡Hermano tigre, recién es el primero, nos faltan dos más!

El tigre gruñó, pero aceptó seguir andando hasta encontrar a otro a quien preguntar.

Un águila cruzó por el cielo y su sombra alertó a los caminantes. Le hicieron señas para que bajara.

—Hermana águila —imploró el hombre no bien el ave estuvo cerca—. Decí si te parece justo que el tigre quiera comerme, después de haberle abierto la jaula para que sea libre.

El águila planeó sobre ellos, luego descendió y habló con voz clara:

—Me paso mi vida volando alto, lejos de los hombres y sus asuntos. Nunca les hago daño. Pero cuando los hombres encuentran mi nido matan a mis hijos y me atacan con flechas y armas de fuego. Los hombres son cobardes, son crueles. —Y mirando al tigre—: Harás bien si te comes al hombre.

No había el águila terminado de decir “harás bien” que el tigre sacó las garras y se preparó para matar al hombre y comerlo.

—Yo sabía que era lo justo —festejó.

El pobre hombre dio un paso atrás y, aterrado, se apuró para convencer al tigre de que todavía faltaba escuchar a uno más, solo a uno más. El tigre aceptó de muy mala gana las palabras del hombre y siguieron caminando.



Anduvieron y anduvieron, hasta que a lo lejos vieron al zorro bebiendo en el arroyo.

—Bueno... —dijo el tigre—, un zorro. A este dejá-melo a mí, porque si llega a tomar conciencia de nosotros, escapará inmediatamente. Haré como que lo voy a cazar. Cuando esté al lado suyo, venite enseguida. Si llegás a querer irte, te como.

Y ahí estaban ahora, a la orilla del agua, los tres seres en la ronda de la desconfianza. El hombre recelaba del tigre y del zorro: saqueadores; al tigre no le caían en gracia el zorro y el hombre: pícaros, y para el zorro, no podía haber peor yunta que esos dos salvajes.

—¿En una jaula? —preguntó el zorro, luego de escuchar la pregunta del tigre, mientras asentía con la cabeza. Luego, quiso saber—: Pero ¿cómo era la jaula?

El tigre se estaba cansando de esta historia. ¿Hasta cuándo repetir lo mismo? ¿Y por qué debía soportar a una criatura de esa calaña que se ponía a hacer preguntas bobas?

—Escuchame, compadre zorro. Yo sé quién sos. Conozco tus trucos —dijo impaciente—. ¡Contestá de una vez, sin darle vueltas al asunto!

—Perdón, pero es que no entiendo —dijo el zorro con una expresión que al tigre le pareció todavía más boba que la pregunta.

—No te hagas el tonto...

—No, no —intervino el hombre—. De verdad, parece una criatura un poco estúpida. —Al escucharlo, el zorro se puso serio—. Su pretendida astucia lo ha traicionado

muchas veces. Confiado de su mera inteligencia, es víctima de sus intrigas. Si me permitís, hermano tigre, te contaré una de sus tonterías más célebres.

El tigre suspiró. “Qué criatura lenguaraz...”, pensó alzando los ojos al cielo. Sin embargo, tuvo sinceras ganas de escuchar acerca del mal paso de uno de estos zorros pagados de sí mismos. A fin de cuentas, el hombre y el zorro estaban solo a una garra de distancia.

Les diré de un zorro blanco —comenzó el hombre—, buen ladrón y zalamero, que en días lejanos iba asaltando pueblos, sendas y gallineros, pues zorro era. Desde hacía tiempo, este zorro se las arreglaba para entrar a la casa de un rico mercader a comerse los quesos, las frutas secas y los granos que él guardaba. No había trampas ni venenos que lo detuvieran. Desbarataba cualquiera de los planes del mercader y sorteaba toda tramoya que le colocara.

—No me gusta el zorro de este cuento —interrumpió el tigre.

Cansado de los asaltos —continuó hablando el hombre—, el mercader mandó construir una torre en la que guardaría las mejores mercancías de su hacienda. Junto a esa despensa, construyó su habitación. Ni zorros ladrones ni ladrones de ninguna especie, pensaba, podrían llegar hasta sus altas riquezas.

Una noche de luna, andaba el zorro por el tejado de la torre, dispuesto a robar los tesoros del mercader, que

tenía una boda y quería lucirse con los regalos. Al escuchar los pasos del zorro en el techo, el hombre despertó a su esposa y le dijo:

—Hablemos en voz baja, que allá afuera anda el zorro. Cuando te avise, preguntame cómo es que conseguí las riquezas, y seguí preguntando hasta que yo te diga.

A la señal, la esposa le preguntó:

—Ay, marido, marido: ¿nunca me dirás cómo es que conseguiste duplicar la riqueza en tan poco tiempo?

Al escuchar estas palabras, el zorro se detuvo cerca de la ventana. La luna, joyesca, brillaba en el cielo y el pelaje del animal.

—¿Para qué querés saberlo? —dijo el marido—. Si yo te lo dijera, alguien podría oír. Mejor disfrutemos, y no quieras saber.

—Por la fe que me lo tenés que decir. Nadie oirá lo que digamos a esta hora.

—Yo te lo diré, ya que tanto lo querés. No junté estas riquezas trabajando, sino robando, robando y robando.

—¿Cómo puede ser eso? ¿Estás loco? La gente te tenía por un hombre bueno...

—Fue por una sabiduría que yo encontré al hurtar. Es una cosa muy sutil, de modo que nunca nadie podría sospechar. —El hombre habló intrigante, el zorro aguzó el oído—. Salía las noches de luna. Cuando llegaba a una casa que quería robar, buscaba una ventana en la que entrara la luz lunar. Entonces, decía siete veces: “Saulan, saulan”. Al decir esas palabras, podía subirme al rayo de luna como por una escalera. Entraba por la ventana y

descendía luego por el rayo. Solo los animales de la noche, las polillas, los murciélagos, sabían de mí.

—Ah —exclamó bajito el zorro blanco—, qué tesoro más precioso que me llevaré esta noche. —Se paró al borde del tejado, estiró una de sus patas, que la luz de la luna iluminó—. Es hermosa —dijo como enamorado—. Esta noche he ganado más que cualquiera.

Esperó. Un reluciente rayo lunar entraba por la ventada de la despensa llena. El zorro dijo siete veces: “Saulan, saulan”, y se tiró por la ventana para abrazarse a la luz de la luna: su plateada y azul escalera de los milagros.

El zorro no pudo subirse a la luz y cayó de cabeza, con gran dolor, en medio de la despensa. El dueño de la casa lo estaba esperando. Comenzó a correrlo con un palo, maldiciendo a todos los zorros del mundo (al zorro gris, al zorro blanco y al zorro colorado; al azul, al naranja, al overo y al violeta: a todos les dedicaba rimas sonoras y soeces). Aturdido, el zorro esquivó como pudo los golpes y saltó hacia la ventana al grito de “Saulan, saulan” para que la luna se hiciera escalera. Pero no llegó a repetirlo cinco veces que ya se había dado terrible golpe al pie de la torre.

—Ay, luni, lunita mía... —se lamentaba el zorro, mientras escapaba, maltrecho, hacia el bosquecillo, para esconderse de los palos, la mentira y la luna.

—¡Ja, ja, ja! —se puso a reír el tigre cuando el hombre terminó—. Pedazo de bruto, creerse semejante tontería. —Y empujando con el codo al zorro que había estado escuchando muy serio, le dijo—: ¡Amigo, qué golpe!

La verdad es que la historia había empezado mal, pero el final fue hermoso.

Al zorro no le causaba ninguna gracia. Pensaba que el hombre estaba queriendo ganarse el favor del tigre. O, tal vez, solo quería demorar su sentencia de muerte con ese cuento de chacales viejos. Decidió que le correspondía limpiar el buen nombre de los zorros de la tierra.

—Ya le diré qué pienso acerca de su... cena —habló el zorro, y señaló con la cabeza hacia el hombre, destacando la última palabra.

El hombre tragó saliva. Ahí nomás, se le borró la leve sonrisa que se le había dibujado por las felicitaciones del tigre.

—Pero, primero, deberán saber que es un error elegir al zorro como ejemplo de animal burlado. ¡Nadie venice al zorro! —dijo solemne.

—Oh, por favor, contanos —le pidió el hombre.

—Oh, por favor, contanos —se burló el tigre. Aunque tenía ganas de recuperar su rutina en los palmares, pensó que podía escuchar un cuento más. La comida la tenía asegurada.

—Era un zorro que estaba peleado con un... —el zorro dudó un instante—, con un animal... sanguinario, hermoso y fatal —dijo.

—¿Qué animal era? —preguntó el tigre—. Si era fatal, hermoso y sanguinario, debería ser uno como yo —dijo orgulloso.

El zorro se rascó una oreja.

—¿A usted le parece? A mí me han dicho que era un león.

—¿Un león? ¿Cómo va a ser un león más hermoso que el tigre...? —intervino el hombre. El zorro lo miró sorprendido y con cierto aire de reproche. El hombre se mordió los labios, incómodo.

—¿Me permiten seguir, por favor?

Este animal, sanguinario y hermoso, andaba detrás del zorro. Lo quería atrapar para cobrarse unas faltas. Era buen cazador y nadaba muy bien. Entonces, se le ocurrió esperar metido en la laguna para atrapar al zorro cuando bajara a beber.

Y el zorro llegó a beber. El cazador respiraba lento entre los pastos, acompasado con el agua. Pero, al acercarse, el zorro notó que no había pajaritos en las ramas bajas de los árboles, ni tampoco sapos, ni teros, por toda la costa.

—Ah, pero si estoy en el paraíso —dijo entonces—. Está todo en armonía y reina la paz. ¡Qué lugar maravilloso! Siento que me escuchan las manzanillas y las margaritas, los árboles y el agua...

El animal (sanguinario, hermoso y fatal) que lo esperaba se volvió como el agua: invisible y cristalino.

—Hola, agüita. ¿Me escuchás? —preguntó el zorro dirigiéndose a la laguna.

El hermoso y sanguinario animal quedó confundido al oír estas palabras. “¿Se le habrá dado por la mística a este, como los peregrinos que a veces andan por el campo?”, pensó.

—Agüita, agüita, si me hablaras te bebería —insistió el zorro sin acercarse a la orilla.

Entonces, el animal fatal y sanguinario quiso contestar como si fuera el agua:

—¡Bebeme, bebeme!

—¡Ah, no, agua que habla no se la bebe! —dijo el zorro y salió corriendo.

El animal sanguinario, hermoso y fatal solo pudo ver, desde la laguna, al zorro escapando por el monte.

—Está claro que era un león, entonces —dijo inmediatamente el tigre—. Eso les puede pasar a ellos, que son muy creídos. Tienen fama de reyes de las bestias, pero cualquiera los engaña así nomás. De todas maneras, es la historia más tonta que he oído nunca. Supongo que ahora me toca a mí contar una, ¿no?

La voz del tigre sonó amenazante. El zorro y el hombre no se atrevieron a contradecirlo, ni se les pasó por la cabeza.

—¡Nadie vence al zorro, decís? Yo te voy a contar.

Una tarde, un zorro estaba caminando entre pastizales cuando de pronto se topó con un tigre. El tigre lo miró con una expresión de sorpresa, con los ojos muy abiertos. Asustado, el zorro salió a toda carrera: cruzó arroyos y todo el monte hasta estar lejos de aquel que lo había mirado tan amenazante.

“¡Me quiere comer, me quiere comer, pero si corro rápido nunca me alcanzará!”, repetía el zorro mientras escapaba. Así anduvo, hasta que halló una cueva, escondida en la cañada, que le pareció segura y limpia. Exhausto, se metió adentro y se quedó profundamente dormido.



A todo esto, el tigre se encontró con un compadre que lo vio preocupado.

—¿A dónde vas, hermano?

—Me voy a descansar a una cueva nuevita que encontré hace poco, en la cañada, lejos de acá.

—¿Y por qué estás preocupado?

—No estoy preocupado, estoy un poco sorprendido.

Es que anoche soñé que me comía a un zorro que encontraba dormido en esa misma cueva. ¡Y resulta que era igualito a uno que crucé recién por acá, de casualidad, entre los pastos!

Cuando el tigre llegó, encontró al zorro dormido en la cueva.

Y ahí nomás, se lo comió.

—Fin —dijo el tigre pronunciando fuerte la efe y la ene.

El hombre y el zorro estaban en silencio. Se podía oír el revuelo de unas mosquitas blancas que andaban por las flores de los yuyos. El tigre se acercó aún más al zorro:

—¿No tenés nada para decir, tan inteligente que sos? Te digo algo yo: hay esperanza en este mundo, pero no para vos...

—Bueno, bueno —contestó el zorro; parecía que el tigre estaba dispuesto a arreglar todo a los zarpazos—. Por favor, le repito que estamos acá para discutir lo de su comida.

El hombre puso los brazos en jarra, desaprobando esa manera que tenía el zorro de referirse a él.

—Me habían dicho que el hombre lo liberó de una jaula. Y que usted ahora se lo quiere comer.

—Así es —respondió el tigre—. Ha pasado mucho tiempo desde que te encontramos y no nos has contestado. ¿No es acaso justo que quiera comer al hombre? ¿Creés que así debe ser?

—¿Después de que yo lo liberé de la jaula? —gritó el hombre.

—¿De qué jaula? —preguntó el zorro.

—La jaula en la que yo estaba —contestó enojado el tigre—. ¡Sabés bien que...!

—Pero yo no entiendo —interrumpió el zorro—. ¿Decís que vos lo sacaste de la jaula?

—Sí, sí, sí... Así fue. Venía yo por el camino y vi al tigre encerrado...

—Oh, qué lío. Sus palabras me han enseñado, queridos amigos, que no soy tan inteligente como yo creía. Y a esta altura, no podré comprender nunca este problema puntual si se empeñan en contarme, otra vez, una larga historia que ya escuché. Es preciso ser claros: ¿qué clase de jaula era?

—Una jaula grande, común y corriente.

—Una jaula común y corriente... Eso no quiere decir nada. Hagamos algo: vamos a verla.

Los tres, caminando y caminando, volvieron a donde estaba la jaula.

—Ahí la tenés. Es una jaula común y corriente —dijo el tigre.

—Bueno, bien... entiendo lo de la jaula. Ahora, ¿dónde estabas vos cuando encontraste al tigre? —le preguntó al hombre.

—¿Yo? Venía por acá, desde este lado del camino.

—Y usted, ¿dónde estaba, hermano? —preguntó el zorro al tigre.

—Pero ¿dónde te pensás que iba a estar? ¡Estaba en la jaula!

—Perdóneme. Le pido disculpas. Es que soy un poco tonto, como sabe. Me cuesta entender las cosas que no veo. ¿En qué postura estaba exactamente cuando vio venir al hombre?

—Qué tonto... Estaba así —dijo el tigre metiéndose en la jaula—, acostado en esta esquina, mirando hacia allá.

—Ah, gracias, gracias. Empiezo a entender, querido tigre. Aunque sigo sin comprender algo. ¿Por qué estaba adentro de la jaula?

—¿No podés entender que la puerta de la jaula estaba cerrada, animal estúpido?

—Ah, ah, ah... momentito. La puerta estaba cerrada. Eso explicaría muchas cosas. —Y dirigiéndose al hombre, le dijo—: ¿Me podés mostrar cómo es que estaba cerrada?

—Así —contestó el hombre cerrando la puerta de la jaula.

—Muy bien, sí. Muy bien. Pero no entiendo por qué el tigre no podía salir. Todas las puertas pueden abrirse...

—Esta tenía puesto el cerrojo.

—¿Qué quiere decir eso de que tenía puesto el cerrojo?

—Vea, mi amigo —le contestó el hombre—. Esto es poner el cerrojo. El que está adentro ya no puede salir.

—Listo. Ahora entiendo todo. La jaula tiene puesto el cerrojo, y el que está adentro, el tigre en este caso, ya no puede salir... Pues bien, mi amigo, ahora que el cerrojo está





puesto y el querido tigre está adentro, te aconsejo dejarlo así y no abrir la jaula. Con respecto a usted —le dijo al tigre—, le recomiendo que se quede tranquilo, porque puede pasar mucho tiempo hasta que encuentre a otro hombre que le abra.

El hombre le agradeció mucho al zorro y, alejándose de la jaula, le preguntó cómo podía pagarle por haberlo salvado del tigre.

—No es nada, mi amigo. Lo único que te voy a pedir es que cuando encuentres a alguno de mis hermanos muerto, le des sepultura. Pero hazlo según la ceremonia de los zorros: enterrá el cuerpo y dejale la cabeza afuera. Enterralo, como decimos los zorros, con suavidad: nuestros huesos son pequeños y queremos que la tierra nos sea leve. ¡Ahora, adiós, compadre! Tu camino va por allí y el mío por aquí.

Se despidieron el zorro y el hombre. Cuando el hombre llegó a su tierra, dio de comer y beber a los animales del corral. Al terminar las tareas, encontró entre los arbustos a un zorro muerto. El hombre lo enterró ahí nomás y, en sincero agradecimiento a su compadre, le dejó la cabeza afuera. No dio diez pasos que volvió a encontrar a otro zorro muerto. Cavó un pozo y lo enterró, dejándole también la cabeza afuera. Cerquita del naranjo, otro zorro más. “Debe ser una peste”, pensó, “ni este ni los otros parecían zorros viejos”. Como había prometido, los enterró a los tres con la cabeza afuera. “Que la tierra les sea leve”, dijo. Aseguró bien la cerca y se metió en la casa.

Al otro día, de madrugada, el hombre encontró el corral hecho un revuelo. Las bolsas estaban abiertas, faltaban huevos, gallinas, granos y comida. Todos los animales

estaban alborotados. El hombre descubrió que donde debían estar los zorros enterrados no había nada, solo los pozos vacíos. Los zorros se habían hecho pasar por muertos, para que el hombre los dejara cerquita del botín y ni siquiera tuvieran que hacer el esfuerzo de abrir la cerca para entrar.

Resignado, comenzó a ordenar la estancia y a cantar un dulce lamento por su fortuna, que los animalitos y las aves del corral se acercaron a escuchar atentos (además de los zorros furtivos que andaban por ahí):

Amigo zorro... amigo de lo ajeno,  
con tu astucia y tus tretas me has mentido,  
me pediste el sepulcro y el olvido,  
apiádate de mí, que he caído  
en tus embustes, farsas y desenfreno.  
Ese velo de fábulas te canta,  
a la vez que decanta  
la intriga de tu mano.  
*Busquemos otro llano,*  
*busquemos otros montes y otros ríos,*  
*otros valles floridos y sombríos,*  
en donde distraído pueda verte  
como hermano divino,  
sin miedo y sobresalto de esta suerte.

Y aquí termina la historia del tigre, el zorro y el hombre. He intentado contarla según la escuché y leí de hombres y mujeres que la convidaron y alegraron mi corazón con ella.

# La fiesta en el cielo



— Ya están por salir —dijo el toro.  
— Los flamencos siempre son los primeros —comentó emocionado el quirquincho.

— No —lo corrigió el zorro—, hay pájaros que están allá desde la madrugada.

Ese día había fiesta en el cielo y los animales de la tierra se habían juntado al borde de la laguna para ver a las aves, adornadas y bien vestidas, partir rumbo al lugar de encuentro.

Todos los años los pájaros organizaban una gran fiesta, de la que se hablaba durante meses. Había comida, música, baile y cuentos. Asistían los mejores payadores emplumados y las historias que allí se contaban eran recordadas por años en el canto de los pájaros del monte y la llanura.

La fiesta en el cielo era también un acontecimiento para los animales de la tierra y nadie quería perderse el momento de la partida. El toro, el quirquincho, el zorro y el sapo eran grandes amigos que, cada vez que veían a los pájaros partir, se quedaban conversando, imaginando y soñando mil maravillas sobre aquel festejo:

— Sus bailes duran horas y son tan ligeros que ni los mejores guitarristas pueden sostener su ritmo —decía el toro, maravillado.

— Cuentan que sus copas son finas y largas, y que las llenan hasta el borde con pura miel —agregaba el quirquincho.

— Y hasta un rey se podría alimentar con la comida que cae de sus mesas —contestaba el zorro relamiéndose.

Pero el sapo, que no solía tener la misma opinión, siempre encontraba algún defecto con el que interrumpir la ronda de ensueños:

— ¿Qué sabe un pájaro de fiestas? —solía preguntar—. ¿Qué clase de lugar es el cielo? El aire debe ser ventoso, el sol cercano y caluroso, y si hablamos de cuento y verso, este sapo sabe ser bueno entre los buenos. No hay pico más picante que mi lengua y no hay pluma más liviana que mi mano en la guitarra. Ya verían los pájaros lo que es bueno, si yo tuviera un par de alas...

Todos los años ocurría lo mismo. Los amigos conversaban, discutían con el sapo y se quedaban todo el tiempo que fuera necesario para esperar la vuelta de los pájaros.

Ocurrió una de estas veces que los cuatro amigos estaban en plena discusión junto a un pajonal. Ya habían visto salir a los flamencos y a un elegante crespín. El sapo, como de costumbre, hablaba mal de las aves y decía que él como payador era cien veces mejor que cualquier pájaro:

— Si yo tuviera alas... —terminó diciendo.

— Pero no las tiene —lo interrumpió cansado el toro—, y que yo sepa, por más moscas que coma, alas no le van a crecer.

— Usted habla por envidioso —le dijo el quirquincho—, ya quisiera estar invitado a una fiesta en el cielo.

—Imposible que lo inviten —remató el zorro—. Una cotorra en un velorio se comportaría mejor que nuestro amigo en fiesta ajena.

El sapo, ofendido, quiso contestar, pero en ese momento las garzas del pajonal levantaron vuelo y una enorme cigüeña salió de entre los juncos. Llevaba una guitarra colgada en un hombro y un pañuelo prendido al cuello.

—Hablando de payadores —dijo el toro—, se dice que esta cigüeña es muy cuentera y que su canto es el más apreciado entre las aves.

—Sí —confirmó el quirquincho—. He oído de gorrones en Mendoza que saben de memoria todos sus versos y canciones.

—Es muy buena improvisando, y tan ligera para el retuque y la burla que ni los zorros más astutos se atreven a conversar con ella —confesó el zorro.

Todos buscaron al sapo para escuchar su opinión. Pero él ya se había adelantado y estaba frente a frente con la cigüeña, dispuesto a hablarle.

—Hola —le dijo croando de manera profunda—, he notado desde aquí que a su fiesta le falta un cantor. No es por menospreciar el arte suyo, ni tampoco por comparar, pero si es como dicen, que el gusto está en la variedad, mal no le hará a su fiesta, entre tanto cacareo, el canto de este sapo verseador y guitarrero.

La cigüeña, sorprendida, miró al sapo con desprecio, como un lago cristalino miraría a un charco de agua estancada. Sin decir nada, inclinó la cabeza saludando al toro, al quirquincho y al zorro, y levantó vuelo. Pero

apenas se despegó del suelo, miró para abajo y dijo, como para que el sapo la oyera bien:

—Antes de cantar con nosotros, mi amigo, vaya con el ratón y aprenda en un galpón a separar la paja del trigo.

La cigüeña voló veloz y elegante, y los animales buscaron al sapo para consolarlo después de tan dura respuesta, pero no lo encontraron por ningún lado. Tuvieron que pasar unos segundos hasta que el zorro, al mirar para arriba, dio el grito. ¡El sapo estaba volando! Se había escondido dentro de la guitarra de la cigüeña.

—Qué terco es este sapo —suspiró el quirquincho con fastidio—. Ni ha escuchado la respuesta del ave y ya se le mete de polizón en la guitarra.

—Pero lindo flete consiguió. Como para entrar con honores a la fiesta del cielo —dijo el toro, emocionado por la aventura que estaba por comenzar su amigo.

La cigüeña volaba sin percatarse de la carga que llevaba. Se sentía algo pesada, pero no le daba importancia. “¿Cómo no se va a sentir el peso —se decía a sí misma—, si llevo más de mil historias en mi pecho y mi guitarra?”

Al poco tiempo, llegaron a un remanso en el medio del aire. Había allí pájaros de todos los tamaños y colores saludándose y revoloteando alrededor de una gran mesa. La cigüeña fue recibida con honores por dos caranchos, que tomaron la guitarra y la apoyaron en un sitio especial. Los pájaros más jóvenes no podían disimular su emoción por estar delante de esta leyenda del canto, y algunos benteveos se pusieron a silbar de manera torpe y agitada para darle la bienvenida.

El sapo aprovechó este alboroto para salir de la guitarra y, sin ningún disimulo, comenzó a pasearse por arriba de la mesa. Caminaba tranquilo entre los pájaros, como si toda la vida hubiera tenido plumas de chajá o pico de aguilucho. Comía de los platos recién servidos, metía la lengua en los vasos ajenos y saludaba con palmadas confianzudas a los pequeños colibríes.

—Que maltrecho está ese lorito —dijeron los primeros que lo vieron.

—Se habrá peleado con un gato para quedar así desplumado —comentaron otros, más ingenuos.

Pero el águila, que tiene el ojo más desconfiado entre las aves, convocó a todos con un chillido y preguntó en voz alta, con furia y repugnancia:

—¿Quién invitó a ese reptil?

—Anfibio —respondió el sapo con la seguridad de quien deja caer un naipe fuerte sobre el paño.

—¡Eso es lo de menos! —replicó el águila—. Queremos saber cómo hizo para llegar hasta aquí.

Todos esperaban una respuesta que aclarara el asunto, mientras miraban sorprendidos al sapo que, luego de tragar sonoramente un bocado de dulce, contestó:

—He venido aquí invitado y remolcado por mi buena amiga la cigüeña.

La cigüeña reconoció al sapo y lanzó enseguida una mirada a su guitarra. Comprendió el entuerto en el que estaba metida: si contaba la verdad de lo que había ocurrido, debía reconocer frente a todos que un sapo viejo había sido más veloz que ella, o cuanto menos más astuto.



—¿Es verdad lo que dice este sapo? —preguntó impaciente el águila—. ¿Usted lo invitó?

—Sí —dijo la cigüeña, causando un revoloteo generalizado de plumas y la sonrisa ancha del sapo—. Invité al señor sapo, que es un reconocido guitarrero entre las criaturas de a pie, con la intención de intercambiar con él unos versos amistosos. Alcancen la guitarra, que voy a improvisar una décima en honor a nuestro invitado.

La cigüeña, astuta, ya había cocido por dentro su venganza: aceptar al sapo como invitado y humillarlo con sus versos, filosos como garras.

Los caranchos arrimaron la guitarra y pronto se armó una ronda de oídos atentos. Todos estaban expectantes y un poco nerviosos. El único que parecía ajeno a la tensión era el sapo, que seguía sonriendo y saludaba, como si su piel fuera pilcha de plata y su sonrisa, una flor de irupé abierta de par en par.

Cuando la cigüeña empezó a tocar, una milonga alegre recorrió la ronda. De la guitarra salió un arpegio hama-cado, sobre el que la payadora comenzó a hablar y a cantar:

—Aquí van mis versos en honor a nuestro invitado, a su canto tan mentado y a su arte de payador:

¿Han oído, mis amigos,  
qué fulero canta el sapo?  
Vulgarcito como trapo,  
es limón entre los higos.  
En el campo hay mil testigos  
de su falta de ocurrencia;

no conoce la prudencia  
y esto sí que es cosa rara:  
¿quién diría le faltara  
justo al sapo la sapiencia?

Sonaba todavía el último acorde cuando comenzaron los gritos de festejo y las burlas contra el sapo:

—¡Viva la cigüeña! —gritaron los patos overos.

—Al fin alguien pone a ese sapo en su lugar —dijo con alivio una lechuza.

—Sapo-trapo, sapo-trapo —repetían burlones los benteveos.

Todos felicitaban a la cigüeña, a la que no le alcanzaban las plumas para responder a los saludos. Todo era abrazos y risas hasta que, de repente y sin aviso, volvió a sonar la guitarra. ¡Era el sapo! Sin que nadie se diera cuenta, se había arrimado hasta el instrumento, que había quedado apoyado sobre una silla. Tocaba tan fuerte y tan lindo que, de a poco, fue convocando el silencio de las aves. Las más grandes querían arrancarse las plumas: ¡un sapo en su fiesta! ¡Tocando la guitarra! Pero las más jóvenes estaban intrigadas por el sonido y el aspecto de este nuevo payador.

El sapo aprovechó su momento y cantó:

¿Cómo canta la cigüeña?  
Nunca nadie lo recuerda,  
la cigarra y aun la cerda  
lucen más en una peña.

Qué mojada está la leña  
de tu ofensa mal rimada  
y qué cosa inusitada:  
que teniendo tanto pico,  
este intento de perico  
pinche menos que una almohada.

44

Los pájaros respondieron con silencio y estupor. Algunos se rieron por lo bajo, festejando la ocurrencia del sapo. Pero los pericos y, sobre todo, las águilas, no bien pudieron salir del asombro, gritaron con severidad y ordenaron a los gavilanes que atraparan al sapo y lo hicieran callar. La cigüeña, sin embargo, los detuvo. Ella había advertido las risas al final de la payada del sapo y no estaba dispuesta a retirarse vencida del contrapunto. Muy segura de su arte, pidió que lo liberaran:

—¿Para qué marcarlo a picotazos, si no hay punta más filosa que mi lengua? Esta es una contienda entre payadores y no debe intervenir otra autoridad más que la rima, el aplauso y el compás. Dejemos ya las ofensas y empecemos a contar, que en los cuentos vuelan libres las palabras y se lucen los cuenteros de verdad.

La intervención se festejó con entusiasmo. Alguien le alcanzó la guitarra y la payadora comenzó a tocar una milonga surera, que trajo a la ronda un aire fresco y agitado, como amanecer de campo. Todo estaba dispuesto para oír el cuento de la cigüeña, una historia antigua sobre el origen del canto del sapo:

Yo no canto por cantar  
ni canto por conveniencia,  
en mi canto están la ciencia  
y el buen arte de explicar.

Todo tiene una razón,  
según dicen los doctores:  
que haya malos y aún peores,  
la flacura y la hinchazón,

en el plan del Creador  
todo tiene su lugar...  
hasta el sapo y su cantar  
trasnochado y cansador.

Hoy recuerdo a la distancia  
cuando el sapo no era sapo  
y lucía por lo guapo  
de su porte y su elegancia.

Siendo gente entre la gente,  
derrochaba distinción,  
hasta aquella maldición,  
que en su canto aún se siente.

Ocurrió en la vieja estancia  
de un criollo adinerado  
y ermitaño, afamado  
por su temple y su constancia.

45

Era un caso extraordinario:  
sin familia y sin peones,  
disfrutaba de los dones  
de su campo en solitario.

Cuando el hombre se hizo viejo,  
mil parientes de sorpresa,  
codiciando su riqueza,  
se acercaron en cortejo:

“¿No se acuerda de su ahijado?”  
preguntaban con descaro,  
y él, aunque sonara raro,  
asentía resignado.

Eran todos bienvenidos:  
sobrinos, primos y hermanos;  
fueron más de mil paisanos  
de la nada aparecidos.

Sus parientes de ocasión  
le escapaban al trabajo,  
solo al cuento y al relajo  
dirigían su atención.

Instalados en la estancia  
por la herencia se peleaban  
y entre tanto disfrutaban  
de una vida de abundancia.





El anciano con paciencia  
el asunto meditó,  
y una tarde los juntó  
para hablarles de la herencia.

Como chanchos al maíz  
acudieron los parientes,  
que esperaban impacientes  
el (fatal) final feliz.

“Hoy quisiera averiguar  
—dijo el viejo frente a todos—  
si entre ovejas o entre lobos  
mi fortuna ha de rodar”.

En voz alta compartió  
las preguntas de una encuesta  
y una única respuesta  
por allí se repitió:

“Cuando ocurra un sinsabor,  
cuando mi alma esté de duelo,  
¿contaré con su consuelo?”.  
“Creo que creo que no,  
creo que creo que no”.

“Y si sufro algún dolor  
—volvió el viejo a preguntar—,  
¿con su ayuda he de contar?”.

“Creo que creo que no,  
creo que creo que no”.

“Si el destino trampeador  
me convierte en un mendigo,  
¿sabré aquí de algún amigo?”.

“Creo que creo que no,  
creo que creo que no”.

“Si en mi rostro no hay color  
y en mi pecho no hay canción,  
¿rezarán una oración?”.

“Creo que creo que no,  
creo que creo que no”.

Finalmente preguntó  
quién cobraría la herencia,  
y a los gritos, con urgencia,  
más de uno contestó.

“Cuando diga el Creador  
que es mi turno de marchar,  
¿saben quién me va a heredar?”.  
“¡Creo que creo que yo,  
creo que creo que yo!”.

Se escuchó en la pampa entera  
y las aves en su vuelo  
repitieron por el cielo  
la respuesta traicionera.

Fue tanta la indignación  
que por fin los mandó al mazo  
Tata Dios de un rebencazo,  
castigando su ambición.

“Vivirán en la laguna  
—dijo Dios enfurecido—,  
un juncal será su nido  
y una mosca su fortuna”.

Y uno a uno los parientes  
ya se fueron transformando;  
por el pasto iban saltando,  
resbalosos y sin dientes.

Eran gente y hoy son bichos.  
Entender no cuesta tanto,  
si aún se siente que en su canto  
van croando sus caprichos:

“Creo que creo que no,  
creo que creo que yo.  
Creo que creo que no,  
creo que creo que yo”.

Para terminar su payada, la cigüeña se puso a imitar el canto del sapo ganando la carcajada y el aplauso de todos los pájaros.

—Viva nuestra cantora —piaban los gorriones.  
—Vivan las plumas y los picos —decían los teros  
más exaltados.

—El sapo no tiene chances —comentaban por lo bajo horneros y benteveos interesados en la contienda.

—Señor sapo —dijo por fin el águila—, esto que acaba de oír es una muestra del fino arte de las aves. Fuimos creadas para el canto y la agudeza. Hermosas como picaflores y feroces como halcones. Jamás una criatura de los charcos podrá cantar como un pájaro. No es necesario que usted sufra más humillaciones. Reconozca la derrota y le permitiremos volver en silencio al lodazal.

—Guarde su consuelo para otra ocasión —respondió el sapo— y ahorre sus elogios, que yo he visto emplumados comiendo gusanos como cualquier hijo de rana. La costumbre pide que responda al cuento de la cigüeña con otra historia. Y ya que un ave aquí ha cantado sobre sapos y lagunas, permitan que este payador cuente un cuento sobre plumas.

El sapo tomó la guitarra y empezó a rasguear con tanta emoción que hasta los teros bajaron el copete y se sentaron a escuchar su historia:

Aquí me pongo a cantar  
— con un paso diferente  
que es del gusto de mi gente—;  
una historia verdadera  
sobre un ave barullera,  
presumida y negligente.

Andaba un cuervo posado  
sobre un árbol, muy contento,  
disfrutaba del momento  
y del botín conseguido:  
era un queso mal habido  
que robó de un campamento.

Tan valioso era el tesoro  
y tan grande la porción  
que el cuervito fanfarrón  
sin comerla la mostraba,  
con el pico la apretaba  
y llamaba la atención.

Al fin logró que un zorrillo  
—que no había desayunado—  
se fijara en el bocado,  
y al instante codiciara  
lo que el cuervo ahora en su cara  
exhibía muy confiado.

“Debo lograr que abra el pico  
—pensó el zorro presuroso—,  
así el queso delicioso  
se resbala hasta mi boca;  
es la suerte que me toca  
desafiar al vanidoso”.

“Buenos días —dijo el zorro  
simulando gentileza—,  
he notado la rareza  
de aquello que trae en el pico;  
aunque intento no me explico:  
¿de dónde sacó esa presa?”.

Pero el cuervo encaramado  
no se dio por aludido,  
pues estaba ya advertido  
de las mañas de ese zorro,  
y a su lengua de abejorro  
respondió sin dar graznido.

“¡Conteste, che! —dijo el zorro—.  
Hable, diga cualquier cosa,  
sea en verso, sea en prosa,  
que para algo el perro ladra  
y cantando el ave goza”.

Pero el cuervo terco y firme  
con el pico bien cerrado  
sostenía su bocado;  
pues sabía que ganaba  
si quietito se quedaba,  
sobrador y bien callado.

Cambió el zorro su discurso  
y escogió palabras suaves:

“Cómo me gustan las aves  
que embellecen con su canto  
este mundo que es de espanto  
sin sus sones y sus claves...”.

“¡Viva el canto del chajá!  
—dijo el zorro zalamero—.  
¡Viva el ganso, viva el tero!  
¡Qué sutil que es el gorrión,  
qué bonito y qué burlón,  
es el canto del hornero!”.

“En Santiago del Estero,  
trovador es el carancho,  
paradito sobre un rancho  
canta siempre el benteveo;  
y al zorzal yo ya entreveo,  
que cantando se hace ancho...”.

“Todos brillan en su arte,  
pero si hay que comparar,  
yo diré sin vacilar  
que es el cuervo negro y fino  
el que tiene por destino  
ser el rey por su cantar”.

De una pieza quedó el cuervo  
frente a tal declaración.  
Pues su canto algo gritón,



harapiento y desgarrado,  
no fue nunca ponderado  
o acreedor de una mención.

Y aquel zorro continuaba  
simulando su alabanza:  
“Tu canción al tigre amansa  
y en tu canto entretenido  
se esclarece el confundido  
y la pampa entera danza...”.

“Oh, barítono emplumado  
—dijo el zorro desmedido—,  
hoy invoco tu graznido  
como fuente de belleza,  
de bondad y de sorpresa:  
¡canta, canta!, yo te pido”.

No se pudo contener  
el cuervito engatusado.  
Abrió el pico clausurado  
y cantó de punta a punta  
a la pampa que aún pregunta:  
¿por qué tan desafinado?

Fue un graznido horripilante,  
para nada melodioso;  
feo, chueco, cavernoso  
y bastante parecido,

por su timbre y su sonido,  
al eructo de algún oso.

En el medio de esos gritos,  
el quesito ya mentado,  
el almuerzo postergado,  
pasó a manos de otro dueño;  
pues la astucia y el empeño  
han de abrir cualquier candado.

Así el zorro festejó  
y cumplió su cometido;  
tengan todos por sabido  
que no fue ningún atraco:  
aquel tonto pajarraco  
ayunó por engréido.

El sapo terminó de contar con cadencia y convicción. Mientras esperaba los aplausos, dedicaba a su auditorio una amplia sonrisa.

Pero los pájaros se quedaron en silencio, atónitos y muy enojados con la burla del sapo; incluso los que habían reído con los primeros versos tenían ahora el pico apretado de rabia y lo miraban con furia. Acababa de ofenderlos con su canto, con su cuento contrario a la dignidad de las aves y con aquella palabra prohibida: *pajarraco*.

—¡Pajarraco! ¡Pajarraco! ¡Dijo pajarraco! —denunciaron las urracas, iniciando un coro generalizado de amenazas.

Graznaban, piaban, trinaban y ululaban, pájaros de todas las especies, contra el sapo. Los cuervos empezaron a volar, pesados y zigzagueantes, exigiendo a puro grito una reivindicación. Las águilas rascaban el suelo con las garras, los gavilanes sacaban pecho, las lechuzas sacudían sus plumas y los teros, con pasos cortos y desafiantes, se acercaban cada vez más al sapo. La cigüeña apenas si alcanzó a salvar la guitarra cuando empezó la gresca. Picos afilados chocaban entre chillidos y garras que caían en picada. Todos querían poner en su lugar al sapo, pero también se recriminaban entre ellos por lo que había ocurrido:

—Usted lo trajo —le gritó un halcón a la cigüeña.

—Aquí nadie controla nada —protestó un carancho, para sembrar cizaña entre las águilas.

—Y ustedes —dijo un jilguero desafiando a los cuervos—, sinceramente, cantan horrible.

Aquella vez, la fiesta en el cielo fue un tendal de gritos y peleas que todavía hoy se recuerda en el canto de los pájaros que anuncian tormentas. Cuando al fin se calmaron los ánimos, todos buscaron al sapo. No había allí un pájaro que no afirmara haberle dado un buen picotazo y, sin embargo, no se lo veía por ningún lugar.

—El cobarde habrá escapado —pensó el águila en voz alta—. Debe estar medio muerto y escondido en algún pozo maloliente. Bien merecido lo tiene por colado y lenguaraz.

Todos respiraron aliviados y satisfechos de imaginar al sapo herido y cubierto de fango. Pero el sapo todavía estaba allí, escondido en la guitarra de la cigüeña. Se

había metido de un salto, sin que nadie lo notara, apenas se escuchó el primer cacareo de riña. Desde ahí vio toda la pelea sin que una pluma lo tocara y ahora seguía mirando cómo las aves se preparaban para emprender la vuelta.

—Adiós, mis compadres —dijo la cigüeña mientras cargaba la guitarra y se preparaba para volver a tierra.

—Adiós, cantora —contestaron algunos pájaros, todavía recelosos por el incidente.

El sapo viajaba cómodo y calentito dentro de la guitarra, pensaba en lo grandioso que iba a ser contarles esta historia a sus amigos:

“El toro, el quirquincho y el zorro —imaginaba— van a tener cuento para rato”. Tan feliz y orgulloso estaba que, de puro contento, se le escapó un sonoro: “¡¡CROAC!!”.

La cigüeña lo escuchó y enseguida comprendió. Sin decir nada, agitó las alas y comenzó a ganar altura. Cuando estuvo en el borde de las nubes, tomó la guitarra y en el aire la dio vuelta:

—Que te ataje ahora el viento, sapo entrometido —dijo la cigüeña mientras miraba al sapo caer—. Yo contaré el cuento de tu beso prometido con el suelo polvoriento.

El sapo, desesperado, intentaba hacer pie en el aire, pero caía con la fuerza de una piedra. El aire silbaba tan fuerte que el toro, el quirquincho y el zorro descubrieron a su amigo, que mientras caía pedía ayuda, a puro canto:

¡Amigos! Allá en el suelo:  
noble zorro, bravo toro,  
fiel quirquincho, les imploro

a los gritos desde el cielo:  
cuando acabe ya mi vuelo,  
por caer de sopetón,  
yo no quiero ni un chichón  
y les pido de repente,  
con fervor y dulcemente,  
que me pongan un...

Pero no alcanzó a terminar el verso. De pronto, se encontró con el suelo, que de un golpe mal rimado puso fin a su cantar. El toro, el zorro y el quirquincho se acercaron y lo encontraron, entre la polvareda, sonriente, pero todo arrugado por el golpe. El sapo, que hasta entonces había sido liso como la rana, quedó así cubierto de verrugas: un recuerdo permanente de su zambullida en plena pampa.

—Amigo sapo —dijo el zorro acercándose—, cuando estaba cayendo, ¿por qué tardó tanto en pedirnos que le pusiéramos un colchón?

El sapo, todavía algo mareado por el golpe, los miró sonriendo:

—Pecados de payador —contestó.





## BIOGRAFÍA DE BERTA VIDAL DE BATTINI

Berta Vidal de Battini (1900-1984) fue una investigadora argentina que recorrió buena parte del país en busca de cuentos y leyendas. Anduvo por valles y montañas, entró en casas, visitó fiestas y se arrimó a los fogones a escuchar de primera mano las historias que hombres y mujeres contaban cuando hacían un alto en el trabajo.

Durante varios años, trabajó como inspectora en el Consejo Nacional de Educación. Estuvo en contacto con maestros de escuelas de todas las provincias y realizó varias encuestas nacionales para conocer mejor sus realidades. A partir de estas encuestas, pudo notar que tanto alumnos como docentes conocían y contaban cuentos, no los que estaban escritos en libros, sino aquellos que todavía circulaban de manera oral entre bocas y orejas, entre cuenteros y escuchantes.

Entre los años 1931 y 1978, viajó por muchos lugares entrevistando a todo aquel que tuviera algún cuento para contar. Con mucha paciencia, grabó, transcribió y clasificó más de tres mil narraciones, que se publicaron en diez tomos bajo el título *Cuentos y leyendas de la Argentina*, una obra monumental y de referencia ineludible en el estudio de la cultura popular de nuestro país.



# Bicho criollo



Este libro se terminó de diseñar  
y se publicó en el mes de  
octubre de 2019.